

A L I N A D I A C O N Ú



Preguntas con respuestas

ENTREVISTAS A

Borges

Cioran

Girri

Ionesco

Sarduy

VINCIGUERRA

páginas universales

//
Alina Diaconú

PREGUNTAS CON RESPUESTAS

*Entrevistas a Ionesco, Cioran,
Borges, Girri, Sarduy*

Obra de tapa: *M. C. Escher*

Diseño de tapa: *Digital Warrior*

I.S.B.N.: 950-843-320-5

© 1998 by EDITORIAL VINCIGUERRA S.R.L.
Avda. Juan de Garay 3760 - Tel/fax 921-1969/5306 - (1256) Buenos Aires
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina. Printed in Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio visual, gráfico o sonoro
salvo expresa autorización del editor

Se terminó de imprimir en el mes de abril de 1998 en
Palabra Gráfica y Editora S. A.
Castro 1860, Buenos Aires, Argentina

páginas universales

VINCIGUERRA

Sin evasivas, sin eufemismos, sin melancolía

Conversar con Severo Sarduy por teléfono o personalmente, ante una mesa cualquiera de un bar cualquiera (aunque esta vez haya sido la mesa cualquiera de un bar no cualquiera, como *Le Bonaparte*, en Saint-Germain-des Près), es una verdadera fiesta. Es estar frente a la catarata incontenible de un hombre cuya inteligencia, sensibilidad y eclecticismo de conocimientos le permiten burlarse de sí mismo y del mundo, discutir, acalorarse, reírse a las carcajadas en medio de una charla donde desfilan su siempre querida Cuba, el budismo Zen, Andy Warhol (de quien fue amigo), la Capilla Sixtina, la publicidad (Severo hizo películas comerciales en Cuba), los turistas, los franceses, los gatos, los puerros, los japoneses, sus siete viajes a Oriente, y muchas otras cosas más. Todo en él tiene un vitalismo desbordante, y su idioma, lleno de savia, condimentado con adjetivos inesperados, es el de sus escritos.

Nacido en Camagüey, Cuba, en 1937 —país que abandonara hace exactamente veintisiete años para afincarse en París—, Severo Sarduy sigue escribiendo en español, pero sus trabajos en prosa han sido traducidos a veinticinco idiomas. Lector de Editions du Seuil, conductor de un programa de radio, colaborador en distintos medios periodísticos, crítico de arte, Severo (cuyo nombre sólo puede aludir al rigor que el autor se autoimpone y que transparenta su obra) es la jovialidad misma, su actitud es la de aquellos pocos que han sabido descubrir “a tiempo” que el pasado y el futuro no existen, y que sólo el instante presente —que a su vez es inapresable—

es lo único que cuenta. Autor de notables novelas (Gestos, De dónde son los cantantes, Cobra, Maitreya, Colibrí), Sarduy ha publicado también poesía (Big Bang, Un testigo fugaz y disfrazado) y hasta tiene una pieza de teatro, Para la voz. Sus tres ensayos Escrito sobre un cuerpo, Barroco y La simulación aparecerán próximamente en la Argentina, acompañados por un ensayo inédito, Nueva inestabilidad.

En un escritor, la historia personal va más allá de lo anecdótico; subyace en la obra. ¿Cómo se articula en la suya el hecho de haber nacido en Cuba y de haber cambiado luego país e idioma?

¡No he cambiado de idioma! ¡Jamás! No, por favor, abandonar el español, el castellano de América, vivo y esplendente, mimético, lleno de colores, de texturas, de volutas, de curvas vegetales, de gritos de pájaros y de pieles lisas y morenas, por el francés de hoy sería, y perdóneme lo brutal de este cubanismo, como “cambiar la vaca por la chiva”. Pero además, en mí, el no abandonar mi idioma natal ha sido casi una “viveza”; hombre, por supuesto, puedo escribir en francés sin faltas. En lo que mando a los periódicos o en mi trabajo personal, a veces se va alguna falta, pero no creo que más que las faltas que se le van a un francés medio. Pero el problema, por supuesto, no es ése. El problema es sentir una lengua hasta la médula de los huesos, es decir soñar en ella, hacer el amor en ella, hablarle a Dios o a los gatos en ella. Y esa lengua, para mí, es el español. Su caso es muy parecido al mío. Pero se lo digo a usted sin evasivas, sin eufemismos, sin melancolía, viene usted de una lengua minoritaria. Yo vengo y sigo en el español que, si todo sigue como va —aunque vaya muy mal— será dentro de unos años la primera lengua del mundo, de este planeta en su próximo milenio. Finalmente, contrariamente a lo que ocurre por ejemplo en Rumania, en que el arte o la obra de un Ionesco, un Cioran, o un Eliade es radicalmente diferente a lo que se produce *in situ*, yo creo que hay una profunda unidad de la cultura cubana. Las diferencias ideológicas por supuesto, existen,

pero la similitud de la “producción” en el interior o en el exterior es sorprendente. Y esta similitud se debe al cemento del idioma. Hombre, ya sé que hay grandes escritores que han hecho lo contrario que yo. El caso más notable es el de Nabokov. Recientemente hay uno que nos concierne a todos —argentinos de nacimiento o de adopción, hispanos en general—, el de Héctor Bianciotti, que ha adoptado, y con la mayor fortuna, el francés.

De todos modos, está usted insertado en el ambiente literario francés. ¿Quisiera saber cómo se produce esa inserción, cuáles han sido las dificultades y cuáles los estímulos.

¡Las dificultades no han cesado aún! Y realmente ya no creo que vayan a cesar. Cada nuevo libro que público es un verdadero calvario. En el último, *Colibrí*, hubo hasta un crítico que dejó plantado al periódico más importante y no entregó jamás el artículo sobre el libro. Dejó la imprenta, o como se dice en francés, el “mármol” esperando, y a pesar de las promesas, no escribió ni una sola línea, causando a la edición y por supuesto a mi propio crédito moral un daño considerable, y ello después de haber asegurado que adoraba la novela. ¿Qué resistencia intervino, qué frenaje? No lo sabré jamás, pero con respecto a la aceptación de mi trabajo creo que puedo decir la frase de dos jesuitas franceses que, los pobres, fueron a convertir nada menos que a los tibetanos, los padres Huc y Gabes. Penaron por el Himalaya, de monasterio en monasterio, escalando montañas, pasando frío, pasaron años y años. A su regreso a Europa, declararon al jefe de la orden: “*L’evangélisation du Tibet est à recommencer*”. Con eso se lo digo todo.

Es usted cubano de origen, claro, pero europeo en su vida y trabajo diarios. Porque además de escritor de ficción, es usted un estudioso de la literatura y el lector de una editorial francesa. Por lo tanto, puede tener una visión bastante peculiar de esa literatura. Y en este sentido, ¿cree usted que se puede hablar realmente de una “literatura latinoamericana”?... Puede ser identificado un sinfín de obras diversas bajo un común denominador?

Para mí, sería como preguntarme qué olor tiene el oxígeno, no lo puedo saber porque lo respiro desde que nací, o qué es la cultura cubana. No puedo saberlo, porque estoy dentro de ella. Pero visiblemente, para el lector francés, esta literatura existe y se diferencia de un modo extraordinario de las otras, de todas las otras. Ellos saben, ellos sienten, o más bien ellos oyen, escuchan un tono, un deje, un acento completamente distinto al que escuchan en la literatura digamos francesa o alemana. En qué consiste esa diferencia, sería difícil señalarlo. No se trata, por supuesto, de ninguna de las odiosas versiones del color local, de ningún tipo de pintoresquismo, de escritura dialectal, de cacatúas y hamacas, de guajiros y de chinas poblanas, de mate —por favor, no muevas la bombilla, que es un crimen— y dulce de leche, no esa diferencia, esa alteridad. ¿No será metafísica? Existe incluso en escritores que no apelan jamás a este tipo de *clin-d'oeuil*, a este tipo de fascinación, como lo son, sin ir más lejos, Sabato, o Paz, pero podría añadir otros, Lezama Lima. Y no vamos a complicar las cosas, pero lo mismo sucede con la pintura, aunque eso es harina de otro costal.

¿Quiénes son a su entender los grandes escritores vivos de hoy?

Usted... y yo.

Francia es, obviamente, un país donde la cultura está consustanciada a la vida. Yo he visto que se lee "mucho". Me gustaría saber si se sigue leyendo "bien".

Mucho me temo que mi respuesta pueda parecer retrógrada o hasta reaccionaria. Pero hoy en día, en Francia como en los Estados Unidos y otros lugares, no se dice de un escritor que cuenta bien o que inventa bien o que pone bien las comas o los adjetivos. Se dice que "pasa" —es el verbo que se emplea— muy bien en televisión. Mientras más payasos sean, mientras más ágiles ante la cámara (yo también puedo hacerlo) mejor. Los hay, sospecho, que escriben precisamente para pasar por televisión. Después la gente lee, es verdad,

pero sólo atenta a los chismes, a las revelaciones que contienen esas noveluchas, a lo frívolo y lo exterior. Los grandes, es decir los grandes de verdad, nunca se prestaron a ese juego. Ni Char ni Michaux ni Eliade, y sobre todo, jamás, Cioran. Pero en fin, no quiero tirar la piedra. Para que se conozca lo mío, que bastante dificultad presenta precisamente porque no he hecho concesiones en lo esencial, que es la escritura, estoy dispuesto a maquillarme como una puerta bávara y a hacer de clown por el tiempo que me pidan. Después de todo, otro de los grandes, y que es el ejemplo total de inteligencia y de rigor, pasó su vida en este tipo de representación. Me refiero por supuesto a Marcel Duchamp.

Bueno, ahora dígame cuáles son sus vínculos con la Argentina y su literatura.

Yo no tengo ningún "vínculo" con la Argentina, ya que un vínculo supone que estoy en el exterior y que tengo que amarrarme a esa balsa. No, ni vínculo ni nexo ni nada que me separe. Yo pertenezco, abusivamente, a ese país. Y no soy el primero. Hay una larga tradición de cubanos, si así puede decirse, "asimilados" a la cultura argentina. El último fue muy importante, Virgilio Piñera que, en Buenos Aires, fue el primer traductor mundial de Witold Gombrowicz. Allí, en el café Rex —que traté de ver en mi última visita, como una peregrinación más— tradujeron *Ferdydurke*. Humberto Rodríguez Tomeu, el otro de los cubanos traductores, aún sigue en Buenos Aires. Los *Cuentos Fríos* de Piñera se escribieron allí. Y eso, sin hablar de lo que ya puede considerarse como mi larga arqueología argentina. Comencé a publicar en *Sur*. Murena me publicó allí cuando era casi inédito, o al menos, totalmente desconocido. Ahora, he caído en el exceso en que caen todos los extranjeros que adoran a un país. Por ejemplo, se puede saber si alguien es francés o no. No lo es si se emociona al oír la *Marsellesa*. Pues yo, hago lo que no hace ningún argentino. Como lo oye: ¡sonetos para el árbol de la Recoleta! Y para Borges. *Il faut le faire!* Hace unos días festejé mis cincuenta en Florencia, una noche inolvidable, con la ciudad vacía. Y en compañía de una amiga argentina, reco-

rimos la ciudad... cantando tangos. Aunque quizá mi última noche "argentina", la más conmovedora, la haya pasado en Rio de Janeiro. En casa de Caetano Veloso, con Haroldo de Campos y Augusto de Campos. ¿Lo ha oído cantar "Si arrastré por este mundo...? En verdad, pienso que los argentinos gustan del tango y aman el árbol de la Recoleta tanto como yo. Esa es la verdad. Pero hay una diferencia esencial, *yo no tengo pudor.*

París, invierno del 87.